

FA.

0292

R.114354

G-80166

207284

FA.10292

EL DARWINISMO. (1)

Ilmo. Sr.: (2)

SEÑORES:

Es una dolencia del presente siglo recurrir á las ciencias físicas y naturales en busca de armas para combatir las verdades de la Religión cristiana, blancó hoy, más que nunca, de las iras de la impiedad: á esta desgracia tristísima, en extremo por sus funestos resultados, y al deber de justa obediencia, como catedrático encargado de la asignatura de historia natural en este Seminario, debo la, para mí, señalada honra de dirigiros la palabra en este dia, sin título alguno que la recomiende á vuestra benevolencia, ni otra pretensión que la de seguir la costumbre. Yo no osaría levantar mi voz en esta cátedra que honraron y enaltecieron tantos y tan ilustrados Profesores, varones insignes por su ciencia y santidad á quienes, yo el menor de todos, rindo gustoso el

(1) Discurso pronunciado en la solemne apertura del curso de 1876 á 1877 en el Seminario conciliar de Leon por D. Rafael Blanco Fernandez, Licenciado en S. Teología y catedrático de historia natural y de física y química.

(2) El Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis.

homenaje de respeto, á que su saber y sus virtudes les hacen acreedores: no osaría hablaros, repito, si no contara desde ahora con la indulgencia de un auditorio tan respetable y tolerante, por lo mismo que es muy ilustrado: en esta persuasion, y sin aspiraciones ridiculas que me hagan olvidar que nada soy ni nada valgo en el terreno de la ciencia, cumple á mi propósito anunciaros desde luego el objeto de este discurso, que ha de versar sobre el *darwinismo*, nueva faz de la filosofía positiva, y nuevo engendro de la razon humana elevada al trono de la soberanía. Y aunque abrumado por el peso de una carga superior á mis débiles fuerzas tema frustrar completamente vuestros deseos, no he dejado por este temor de proporcionarme modo alguno de ayudar y robustecer esa debilidad, exponiendo muy brevemente las relaciones de las ciencias fisico-naturales con la fé; la influencia del catolicismo sin evoluciones ni trasformaciones en los individuos para exponer metódica y razonadamente los modernos y rápidos progresos de esas ciencias; y lo que son esos progresos para el racionalismo de los libre-pensadores, y para el génio inspirado por la gracia del Señor.

Ofenderia ciertamente vuestra ilustracion, si os creyera desconocedores de una época en la que ha hecho el error tan profundas raices, y producido tantas y tan grandes perturbaciones sociales, que no solo el sentido moral, si que tambien el filosófico se halla fuera de su órbita, y el hombre de buena fé se vé irremisiblemente perdido, si no tiene un criterio seguro, con el que pueda discernir lo verdadero de lo falso, y aquilatar lo bueno y lo malo que hay en la atmósfera que le

rodea, en el espacio en que se mueve y en el ambiente que respira, así en el dominio de la moral, como en el dilatado campo de la ciencia.

La obra comenzada en el terreno religioso con la incalificable Reforma, continuada después por el filosofismo en el dominio especulativo, y llevada hasta la última consecuencia con la soberanía de la razón, ha llegado en nuestros días á su complemento: así vemos con profunda pena el aumento extraordinario de esa falange de nuevos bárbaros, que en pleno siglo XIX y con el fútil pretesto de un progreso mal entendido, pretenden destruir todo lo existente, hasta las bases mismas en que la sociedad se asienta... Y después de tanta destrucción y ruinas tantas,... la Reforma, el filosofismo, esa soñada soberanía y la Internacional con la tea incendiaria y el puñal asesino como emblemas de su funesta dominación, no son, Ilmo. Sr., no pueden ser, señores, cosas esencialmente distintas, sino fases diferentes de un mismo fenómeno que, al desenvolverse, aparece con variadas formas en los diversos períodos de su desarrollo.

El principio generador de tan honda perturbación, esto es, la proclamación absoluta de la razón, no podía, ni debía en buena lógica, quedar esterilizada en ningún campo, y después de haber causado tantos trastornos en las esferas religiosa, social y filosófica, debía producir necesariamente la misma perturbación é iguales trastornos en el dominio de los diferentes ramos del saber humano. Las ciencias naturales no han escapado á su perniciosa influencia, y en ellas, como en las no experimentales, ha impreso el error su tosco sello y buscado recursos con que poder continuar su

obra de demolición y de ruinas: el grosero sensualismo del siglo fecundado de nuevo por ese principio, ha engendrado en nuestros días la escuela positivista, monstruoso conjunto de errores que vale en la esfera de la inteligencia humana, lo que la anarquía en el campo político-social.

Para el darwinismo es un monstruoso absurdo lo que no alcanza la razón; las grandes verdades metafísicas, base y origen de cuantas otras puede conocer el hombre por el solo esfuerzo de su propia actividad, no presentando el grado de evidencia que se encuentra en las verdades matemáticas, ni apareciendo con el carácter con que se imponen los hechos del mundo físico, son miradas por esta escuela, como sutilezas de raciocinio, tejido de sofismas, ejercicio intelectual completamente vano y estéril, incapaz de fundar nada sólido, propio á lo más para extraviar la razón, desviándola de su recto camino, é indigno, por tanto, de todo espíritu fuerte, cuya degradación cuentan segura, si comete la imperdonable torpeza de buscar la verdad fuera de los hechos. Para Darwin y sus secuaces lo sobrenatural es la piedra de escándalo, el summum de lo absurdo; la metafísica, que nos enseña esas grandes verdades, de las que parte la ciencia del mundo material como de otros tantos postulados, mera reminiscencia de antiguos y bárbaros dogmas que en otras edades esclavizaron la razón; absurdo y tiranía condenados ya definitivamente con fallo inapelable por la razón soberana en nombre de la ciencia. Y como el error no queda jamás estacionario, y la lógica con ineludible impulso se encarga de sacar las consecuencias que entrañan los principios, sin que se dé fuerza alguna que contrarestarla pueda,

el darwinismo ha llegado igualmente á su última consecuencia, y mostrando ya desnuda su torva faz, ha planteado con insólita arrogancia los más complicados problemas, y dado soluciones que rebajan la dignidad del hombre y son en sí mismas el castigo de ese orgullo insano que le conduce á la confusión y á la mentira. Este hecho es tanto más notable y significativo, cuanto el darwinismo, buscando un apoyo seguro en el conjunto de las ciencias que estudian la naturaleza, ha pedido á la astronomía la prueba de esa multitud de millones de siglos necesarios para el desarrollo de la ley que ellos llaman... evolución continua... y el astrónomo se ha burlado de tan ridículas exigencias; ha buscado en los constitutivos químicos de los cuerpos y en las leyes de sus fenómenos, un apoyo que sirviera de base á sus afirmaciones, y el más profundo silencio ha respondido á tan necias preguntas; ha consultado á los anales de la creación escritos con caracteres indelebles con el dedo de el Omnipotente en las rocas de nuestros continentes, y la ciencia geológica ha condenado espresamente su doctrina, mostrándonos la discontinuidad de los hechos geológicos, la aparición instantánea sin transición, ni intermedios de formas distintas en la vida humana; ha pedido á la ciencia (en cierto modo prehistórica) que le enseñe el estado salvaje de la raza primitiva allá en remotísima y fabulosa antigüedad, cuando el mono, ídolo de su adoración, perdió su condición de tal para elevarse á la categoría de hombre, y los hechos más rebeldes que las teorías para acomodarse á las exigencias del error, no han correspondido á los deseos que les evocaron; ha buscado, por último, en la anatomía pruebas fehacien-

tes de la verdad de su tesis, y la anatomía como la fisiología, la craneoscopia como la embriogenia, han protestado contra ella, señalando entre la organización del Orangutan, y la del hombre diferencias tan importantes, abismos tan profundos, que todo lazo de unión, toda dependencia ó filiación genealógica cae por su base y es el colmo de lo absurdo dentro de los límites mismos de la Teoría darwiniana.

Este fenómeno, aunque moderno en la forma, es en el fondo la síntesis de la palingenesia filosófica de Boneti con su germen preformante y la tan decantada metempsicosis; es la teoría defendida por Lamarck, apadrinada por Bory y con relaciones muy íntimas con las hipótesis de Mallet, de Bobinet y de algunos enciclopedistas del pasado siglo, que alucinados por la novedad é imbuidos de malas doctrinas, señalaban los monos como progenitores del hombre; es, en una palabra, el transformismo sin modismo ni figuras en el lenguaje aplicado á la idea y al fenómeno de la vida; la lucha á muerte de la razón humana contra la razón divina en sus leyes fundamentales; leyes á las que llama Darwin... «La lucha por la existencia;» apellidada por otros «ley de la concurrencia vital» y la tan famosa como tiránica «ley de la selección natural, ó inconsciente.» La primera tiene por objeto la destrucción total de los individuos más débiles é inferiores por cualquier título para esa sangrienta hecatombe de tipos contra tipos, clases contra clases y familias contra familias, que allá en su mente se forjan; en tanto que la segunda tiende á acumular sucesivamente en esos mismos individuos, que poco há condenaron á cruento sacrificio, las cualidades espe-

ciales y las perfecciones particulares de organismo poseidas por los tipos primordiales, siempre que reporten estas ventaja alguna para la lucha por la existencia; y tanto la una como la otra ley conspiran incesantemente por la emancipacion absoluta de la razon, que ellos llaman soberana. Es dificil, señores, digo más, es imposible compendiar en menos términos tal número de disparates, que la razon serena no puede aprobar, ni el estómago digerir; y, sin embargo, esta es entre los darwinistas la moneda más corriente en libre circulacion.

Pasan los siglos y con ellos se suceden las generaciones, cumpliendo al paso la ineludible ley del Artífice Omnipotente; mas no temais que esas generaciones se pierdan, nó; nada cae en el fondo de la nada, y á su tiempo, y en su día las veréis aparecer por obra y gracia de Darwin notablemente reformadas en virtud de un progreso indefinido, y merced siempre á las transformaciones sufridas por la ley de las evoluciones: mueren los unos sin mas razón que... porque sí, y sobreviven los otros, porque así conviene á Cárlos Darwin, para presentar su teoría en la escena de lo desconocido con viso alguno de verdad.

Ya veis que las leyes darwinianas son en resumen un conjunto de afirmaciones enteramente gratuitas, ó una série de ideas inconexas, que se pierden en el fondo del antiguo racionalismo. Y aunque el darwinismo ha llegado á formar hoy un ramo especial de literatura, y el reducido círculo en que se mueve le permite distinguir algunas de las muchas fases con que se muestra la verdad, en cambio le oculta otras, cubriendo con tupido velo la armonía de todas ellas, y el mis-

terioso enlace que las une y refiere á una perfecta unidad: en este caso, la razon entregada á sí misma y sin principio alguno que la sirva de guia ante el brillo deslumbrador de la evidencia que acompaña siempre á cualquier destello de verdad, créese en plena posesion de la verdad completa; presentan los medios que á ella han conducido, como únicos medios de investigacion legitima y concluyen por no juzgar con otro criterio, que el menguado y pobre criterio de su posicion individual con relacion á la verdad. Este estado excepcional produce necesariamente una enfermedad moral, que degenera de ordinario en rebelion sistemática contra lo sobrenatural, ó en miopia del entendimiento, por la que el hombre no razona, si el raciocinio le lleva por la fuerza de la lógica á condenar su error, y niega la evidencia á la evidencia misma, si de modo alguno puede ser un obstáculo al libre curso de su orgullósa fantasía.

Ved ya el darwinismo erigido en dogma indiscutible en el campo de las ciencias de observación, y á sus adeptos negar toda verdad, que se oponga á sus axiomas convencionales, ó contrarie en manera alguna sus instintos perversos; porque, al fin, su único objeto es la destruccion completa de todo lo sobrenatural.

Estas son, Ilmo. Sr., las relaciones del darwinismo con las ciencias naturales en el último tercio del siglo XIX; relaciones destituidas de toda intimidad y sobre las que me propuse desde el principio llamar la atencion de tan respetable auditorio.

En la filosofia cristiana se aprende la verdad de un modo muy distinto; el filósofo que aprecia en algo su dignidad y desconfia de sí mismo, por-

que la propia razon le señala el abismo do se precipita, si se deja llevar de todo viento de doctrina, recurre en sus dudas á la Maestra infalible de verdad, ó inspirándose en la fé, estudia esas grandes y sublimes concepciones metafísicas, que satisfacen cumplidamente las exigencias todas de la razon más discontentadiza, y armonizan admirablemente con las ciencias que nos ocupan: á su abrigo, siempre seguro, examina el naturalista los fenómenos que se presentan en los cuerpos, indaga las causas que han podido, ó debido, producirles, les reproduce á su arbitrio hasta descubrir el enlace y conexión que hay entre la causa y el efecto, como paso último que puede dar, y como último término de esa sorprendente escala natural, prodigio siempre de la creacion, y síntesis admirable de los seres naturales. De esta suerte, y sin traspasar los límites de la razon individual, ni proclamar para sí esa ridícula soberanía, hija de la soberbia y compañera inseparable de la mayor ignorancia, se coloca en el terreno de la verdadera ciencia, ejercita la mente en un estudio instructivo, interesante, variado y digno, que sirve tambien más que otro alguno para darnos á conocer la grandeza y sabiduría del Criador, su bondad y misericordia infinitas, y aprende á temer á Dios, porque escrita está con caractéres indelebles aquella sublime sentencia de la Sabiduría Eterna «Initium sapientiæ est timor Domini.»

Hé aquí, señores, la esplicacion lógica de la influencia que el catolicismo viene ejerciendo en los adelantos modernos al través de obstáculos innumerables y contra los deseos malvados de hombres fementidos que se burlan de nosotros con los indispensables epitetos de retrógrados, fanati-

zados, neos y obscurantistas, porque equivocadamente juzgan que para brillar en las ciencias, es condicion precisa renunciar en absoluto á toda revelacion. Permitidme, ahora, exponer brevemente el valor de esos progresos en la escuela positivista, y lo que son, y lo que valen para el cristiano ayudado por la gracia del Señor.

Sin esfuerzo alguno de la inteligencia, se comprende en el momento la identidad de resultados prácticos, á que conducen cosas tan distintas, contra el parecer de personas, por más de un título respetables, que desdeñan las ciencias naturales, creyendo que su influencia no puede hacerse sentir en el terreno religioso y político, cuando la triste esperiencia nos confirma lo contrario.

Imaginaos triunfante el darwinismo, y reconocido como una verdad en el dominio de la especulacion, y pronto, muy pronto le vereis conmoviendo la sociedad hasta sus últimos fundamentos, desapareciendo por la razon de la fuerza la religion, la autoridad, la familia y la propiedad, para proclamar la barbárie traída en nombre de la ciencia, como supremo ideal y última espresion del progreso indefinido:..... Y es que el error, donde quiera que se halle, ó de donde quiera él venga, conduce siempre á idénticos resultados: así cuando pretende destruir la única base con que cuenta la razon para dar estabilidad á sus conceptos, é impulso á sus investigaciones, como cuando intenta ocultar el fondo sagrado de la verdad, que, como apoyo á nuestra flaqueza, nos trajo la revelacion, ese error es de inmensa trascendencia, y lleva su gérmen, y produce luego los mismos trastornos é iguales consecuencias que los errores del orden moral y religioso, porque al fin no hay

diferencia entre errores, que en mayor ó en menor escala concluyen todos por ser la negacion más completa de la verdad absoluta: empero, cuando las ciencias naturales quedan en su propio y natural terreno, sin salirse de los límites que la naturaleza de su objeto las señala, no hay un órden de conocimientos donde pueda encontrar ménos pretextos el error en guerra siempre con la verdad revelada: estó nó obstante, es lo cierto que en el campo de estas ciencias es donde se ha sostenido en el presente siglo la más encarnizada lucha, y donde se han buscado las armas más poderosas para combatir la doctrina de la Iglesia católica. Hecho es este á primera vista extraño, pero que tiene explicacion cumplida en la naturaleza y condiciones de las ciencias naturales.

Abrazan estas, por una parte, el conjunto de fenómenos que se verifican en esta universalidad de cosas materiales que caen bajo la inspeccion inmediata de nuestros sentidos, y, por otra, la série de teorías para esplicar la relacion constante que media siempre entre los fenómenos y sus causas eficientes: la primera, siendo el resultado casi exclusivo de la observacion y de la experiencia, excluye por su misma naturaleza la posibilidad de un error que pueda oponerse á las verdades reveladas, que muy rara vez versan sobre hechos concretos, ni sobre el modo especial de realizarse este ó el otro fenómeno; en tanto que la segunda es, ó debe ser segun consejo del inmortal geómetra, la sintesis de los hechos y de las leyes estudiadas por aquella; y su naturaleza es, por consecuencia, esencialmente distinta, una vez que tiene su apoyo y fundamento en meras hipótesis. Estas hipótesis podrán alcanzar mayor ó menor grado

de probabilidad estrínseca, podrán abrazar total ó parcialmente los elementos á que sirven de artificial union en teorías hábil é ingeniosamente calculadas; pero, cualquiera que sea su fecundidad y alcance, cualquiera que sea la probabilidad que presenten de ser la expresion genuina de la verdad, jamás su condicion las permitirá ocupar el puesto reservado á las verdades absolutas; y todo el valor que el filósofo cristiano puede y debe concederlas, aun suponiendo, lo que no es verdad, que las ciencias naturales hayan llegado al non plus ultra de tan admirable cuanto rápido progreso, todo el valor, repito, que puede concedérselas con relacion á la verdad, es el de una posibilidad más ó ménos probable.

Veamos, por último, lo que son esos progresos para la escuela darwinista, y lo que valen en el verdadero campo de la filosofía cristiana. Pudiera decirse que la seleccion natural y el progreso evolutivo son dos conceptos, que, si vale la expresion, braman de verse juntos: así es que el protagonista de la comedia darwiniana, á fuerza de progresar, se ha quedado más atrás aun que Vinsent, Naudin, Hakel y Royer. Segun su teoría, la seleccion natural desarrolla y conserva las modificaciones accidentales que aparecen en el individuo, dando lugar á que, por la transformacion evolutiva, se perfeccionen en la lucha por la existencia y permanencia en la vida, llegando en un dia dado á ser tal su perfeccion que sin dificultad alguna pueda el ser inorgánico formar entre los séres respectivós de los dos reinos vivientes. De aquí se infiere lógicamente que, si el hombre desciende del bruto por medio y en virtud de esa transformacion evolutiva, deben hallarse acumu-

lados y notablemente perfeccionados en él los caracteres, que en los demás animales son útiles para facilitar su resistencia y la victoria al fin en el concurso vital: si, pues, no se encuentran reunidos por una casualidad, en extremo rara, ó por una coincidencia, verdaderamente estraña, como lo acredita la experiencia de tantos siglos confirmada por los hipógeos del antiguo Egipto, cuyo origen se remonta con respecto á algunos de ellos hasta la cuarta dinastía; si los estudios geológicos y las nociones prehistóricas nada dicen en confirmacion de esas evoluciones ridículas, es evidente que la seleccion inconsciente y la hecha por la existencia se hallan en flagrante contradiccion con los caracteres y adaptaciones del hombre en el concurso vital. En efecto, nadie puede poner en duda que la desnudez relativa del cuerpo humano, que le deja sin protección ni defensa contra la influencia de los agentes atmosféricos, la falta de desarrollo en los órganos de sus sentidos respecto de otros muchos animales, la carencia de la fuerza que algunos poseen, como la velocidad que en otros admiramos, son indudablemente señales ciertísimas de la debilidad física, que coloca al hombre en situacion muy desventajosa para el certámen vital, si esta inferioridad no se hallara compensada por las facultades superiores, que le permiten cumplir su destino durante la peregrinacion de este mundo para el otro. Y si, como pretende esta escuela, el hombre y los monos superiores tienen un tipo originario comun; si el Orangutan ó el Gorila son sus progenitores ¿cómo y por qué las manifestaciones y el desarrollo de las circunvoluciones cerebrales se verifican en sentido inverso? ¿Cómo y por qué la

Craneoscopia encuentra entre ellos diferencias tan marcadas y caracteres tan bien definidos? Porque ello es indudable que las circunvoluciones frontales se desarrollan en el hombre antes que las temporo-esfenoidales, en tanto que en el Chimpanse y en el Orangutan sucede precisamente lo contrario: y mientras el cráneo del primero pesa próximamente en la edad adulta según el cómputo más fundado 2.080 gramos y 593 miligramos, los cráneos de los segundos solo pesan en la misma edad 580 gramos y 683 miligramos: siendo, pues, una ley constante en la historia natural que lo semejante se desarrolla de una manera semejante, será preciso reconocer que este hecho es de una importancia excepcional con respecto á la materia que nos ocupa; será preciso admitir que los fenómenos embriogénicos, lo mismo que los datos anatómicos establecen diferencias esenciales, profundas, radicales, entre el hombre y los dichos sus progenitores.

Las cifras, que preceden, son demasiado elocuentes para que ningun hombre de ciencia y de buen criterio piense seriamente en establecer similitud de filiación entre el hombre y los mamíferos cuadrúmanos: de otra suerte la observación y la experiencia le saldrían al paso para demostrarle palpablemente que entre el individuo de la especie humana y los antropoides que se le quieren dar por ascendientes, existe una diferencia primitiva, aun bajo el punto de vista anatómico, sobre el que se apoyan con marcada predilección los defensores de esta escuela: los trabajos tan notables como bien meditados del Gratiolet prueban hasta la evidencia que el tipo anatómico del mono, animal trepador con apoyo en sus cuatro

estremidades, es esencialmente distinto del tipo anatómico correspondiente al hombre, animal inteligente, andador sobre sus miembros abdominales, ó inferiores, único de la creación que por sus constitutivos goza de una organización más perfecta, y pone la ventaja incomparable de ser cosmopolita y omnívoro. Su conformación física le separa todavía de los demás animales. «Su porte magestuoso, dice Buffon, y su marcha firme y atrevida, anuncian la nobleza de su rango. Su cabeza mira al cielo, y presenta una cara augusta, sobre la cual está impreso el carácter de su dignidad.»

La existencia de individuos neutros en las condiciones y circunstancias con que se presentan en el reino animal, como las leyes que tratan de los fenómenos relativos á la hibridación, son otras tantas razones que demuestran lo infundado y erróneo del transformismo darwiniano.

Y si del terreno de la embriogenia pasamos á otro más elevado, al terreno del orden moral é intelectual; si en buena filosofía profundizamos más la materia, y el amor á su estudio nos lleva á investigar el origen filosófico de esa fuerza prodigiosa que posee nuestra mente para sentir y tener conocimiento de los seres que la rodean, haciendo abstracción de las representaciones sensibles, cosa que, con perdón del naturalista inglés, jamás podrá hacer el bruto, para de ellas sacar las ideas inteligibles y universales de los objetos, y poner en contacto inmediato con este agente inmaterial las cosas singulares y materiales, comunicándolas la universalidad y consiguientemente la inteligibilidad directa, actual é inmediata; si deseamos saber por qué siente y tiene conoci-

miento de los seres que le rodean, atendiendo libremente á unos con preferencia á los demás, sin que la arrastre á ello un impulso ciego é irresistible, es preciso recurrir á la profunda teoría del Angel de las escuelas, segun la que ese agente misterioso, cuyo poder, elevacion y grandeza admiramos en el hombre, es una participacion del Entendimiento Divino; una semejanza de la Luz increada; luz producida en el alma por el mismo Dios inmediatamente. ¿Qué mucho, Señores, que pueda tener presente ó recordar el conocimiento que formó de un cuerpo y le compare al conocimiento que tiene de otro, resultando de la comparacion el juicio que expresa por medio del discurso? Si llega el caso, imaginará montañas formadas de los brillantes más ricos del Brasil ó de las Indias, y en un momento dado encontrara semejanza entre el caballo y la hormiga, prescidiendo por la abstraccion de todas sus diferencias, para colocarles despues en el escalafon zoológico, que á cada cual corresponda. ¿Dónde está, pues, esa soñada identidad, pero ni el parecido más ligero entre las facultades intelectuales del hombre y las instintivas del mono? Porque es incuestionable que no hay, no puede haber término de comparacion entre el instinto necesario y estacionario del bruto, y el movimiento progresivo del hombre, realizado en los individuos y por los individuos; entre la hesitacion del animal determinada por las atracciones y repulsiones que ocasionan los objetos, y la eleccion libre y refleja de la criatura racional; entre los juicios instintivos de la estimatura natural, y el género universal, inteligible y abstracto, por el cual conoce el hombre la naturaleza y aplicaciones posibles de la conve-

niencia, utilidad, bondad, malicia, amistad, en una palabra, conoce la verdad, ajenas siempre á los brutos.

A los ojos de la sana razón y del sentido comun, la prueba más convincente de la falsedad transformista, ya que la brevedad y concision de este discurso no me permitan alegar otras muchas, la hallamos en la manera de explicar el génesis de la idea de Dios, de la libertad y de la ley moral, prueba que, á título de no seros molestó, expondré con la mayor brevedad. Para el darwinismo la humanidad primitiva no tuvo idea de Dios: la creencia en su existencia reconoce por origen la interpretacion equivocada de algunos sueños y alucinaciones de la imaginacion, que inspiraron primorosamente al hombre la idea de los espíritus, base y premisa para elevarse á la idea de Dios, despues de trascurridos muchos siglos de cultura y desarrollo de las facultades intelectuales, lo que equivale á negar esplicitamente la existencia real y objetiva de Dios. La ley moral, que lleva consigo la distincion esencial entre el bien y el mal, no es otra cosa que una transformacion del instinto social del animal realizada por la seleccion natural: así es que la bondad ó malicia de las acciones no tienen el fundamento de su imputabilidad en el libre albedrio, ni son buenas ó malas porque estén ó no conformes con las reglas de las costumbres; esto equivaldria á pensar en esta materia como piensa la iglesia católica, lo cual no es de la devocion de Carlos Darwin que, tocando el límite de lo ridiculo y llegando al colmo de la insensatez, pretende generalizar la bondad del acto humano á todos los prototipos transformados ya por las evoluciones sufridas: de esta suerte escribe el mismo Darwin, el perro, cuyo instinto social se ha mejorado notablemente por esa especie de piscina que ellos llaman la seleccion natural, si obra conforme á

su instinto y hábitos adquiridos cumple con su deber y obra el bien. La libertad humana es un absurdo para los adeptos de esta escuela; entre ellos se distingue Nackel, que la niega sin reticencias ni reservas en su obra de Enciclopedia universal, cuando escribe—El dogma tan extendido del libre albedrío es absolutamente insostenible en el terreno de la ciencia.

Estas son las deducciones lógicas y necesarias de premisas tan absurdas; deducciones que llevan en pos de sí la negación de la caridad cristiana y hasta la simple beneficencia, el abandono brutal del enfermo y del desgraciado, el sacrificio del débil al fuerte, la santificación de la fuerza animal y la apoteosis del egoísmo.

¡Con cuánta justicia se ha dicho que la razón humana, cuando cierra sus ojos á la luz de la revelación cristiana, desciende rápidamente por la pendiente del error hasta resucitar y abrazar los grandes extravíos de la filosofía pagana! Porque ello es incontestable que en el parage anterior, vése proclamada la conveniencia y justicia de abandonar á los débiles y desgraciados, á fin de no retardar el perfeccionamiento de la raza humana. Doctrina es esta cuyo espíritu es más repugnante y cuyas tendencias son mas horribles que las antiguas leyes del paganismo, sancionando el abandono de las naturalezas deformes y premiando el infanticidio: pero... doctrina que toda su repugnancia descubre los lazos de afinidad y las grandes simpatías que existen entre el darwinismo y el positivismo materialista, y la analogía, ó mejor dicho, la identidad de soluciones sociales, políticas y religiosas entre los partidarios de este sistema y los adeptos de la Internacional.

En resúmen: si las leyes apellidadas por Darwin «La lucha por la existencia, ó ley de la concurrencia

vital» y «La selección natural ó inconsciente» son un verdadero absurdo; si las transformaciones evolutivas y el tipo primitivo no son en buena filosofía más que suposiciones gratuitas destituidas de toda verdad: si la teoría transformista de las especies en general y del hombre en particular son incompatibles con el dogma católico que nos enseña que nuestros primeros padres Adán y Eva fueron criados por Dios; si, finalmente, niega la libertad, destruye la moral cristiana é impugna la existencia real y objetiva de Dios, debemos concluir: luego el darwinismo es una teoría herética incapaz de conciliación con el catolicismo, porque son dos religiones en lucha, una tésis y una anti-tésis, un sí y un nó entre los que es indispensable elegir, y el que se declare á favor del uno está en contra del otro.

Tal es, por decirlo así, el epílogo, la última palabra y novísima doctrina de los darwinistas modernos, doctrina funestísima y cuya misma absurdidad nos evitaria el trabajo de refutarla, sino viéramos con pena que ó por su nueva forma, ó por su grande osadía, ó quizá, y sin quizá, por una y otra á la vez, encuentra muchos y temibles patrocinadores, especialmente entre aquellos propagandistas en quien un positivismo impío ha creado cierta predisposición favorable á todo lo que de una manera ú otra hostiliza sin cesar los principios ó la moral del cristianismo.

Ya veis, queridos escolares, á cuya institución va principalmente dirigido este discurso, que, teniendo la Historia Natural por objeto reconocer la forma, estructura, origen y desarrollo de los seres animados ó inanimados que se hallan en la superficie terrestre, ó constituyen su masa, su estudio ha de reportarnos en todo tiempo grande utilidad é importancia suma. Porque, ¿qué interés tan grande, me permito

deciros con un naturalista moderno, no ha de ofrecer á nuestra curiosidad pasar una revista á todos los seres de los tres reinos de la naturaleza? Uno de ellos nos dará á conocer los preciosos minerales encerrados en las entrañas de la tierra, y que el hombre sabe extraer para aplicarlos reformados por la industria á usos muy diversos; el otro nos enseñará las propiedades de esos innumerables vegetales que nos ofrecen alimentos, ó remedios saludables, el abrigo de su sombra, ó el perfume de sus flores; y el otro, en fin, describirá esa multitud de animales tan útiles en su mayor parte al hombre, y cuyo instinto nos causa la mayor admiracion: es un ramo del humano saber más manoseado que bien cultivado; pero no por eso despreciable, ni ménos aborrecible; antes bien, su estudio con recto criterio es una fuente inagotable de purísimos placeres, y quizá mejor que cualquiera otro saber es apropósito para enseñarnos á conocer á Dios, conforme á la saludable máxima del inmortal Fray Luis de Granada, digna por muchos títulos de ser grabada en el tierno corazon de la juventud estudiosa... Del estudio de la naturaleza viene el conocimiento de Dios... Yo os invito, pues, á que la estudiéis con fruto, cual cumple á alumnos estudiosos y aprovechados; pero á la vez no puedo eludir el deber de manifestaros que el darwinismo la mancha con impurezas y la convierte en instrumento de impiedad. Si huiis de tales aberraciones y, con el sano criterio del filósofo cristiano, contribuis en manera alguna al perfeccionamiento de su estudio, me atrevo á saliros fiador de que con ello cooperareis más al progreso humano, que aquellos, de quienes, por poner su talento á servicio del error, dijo la Eterna Verdad: *Væ qui dicitis bonum malum, et malum bonum.*

HE DICHO.

